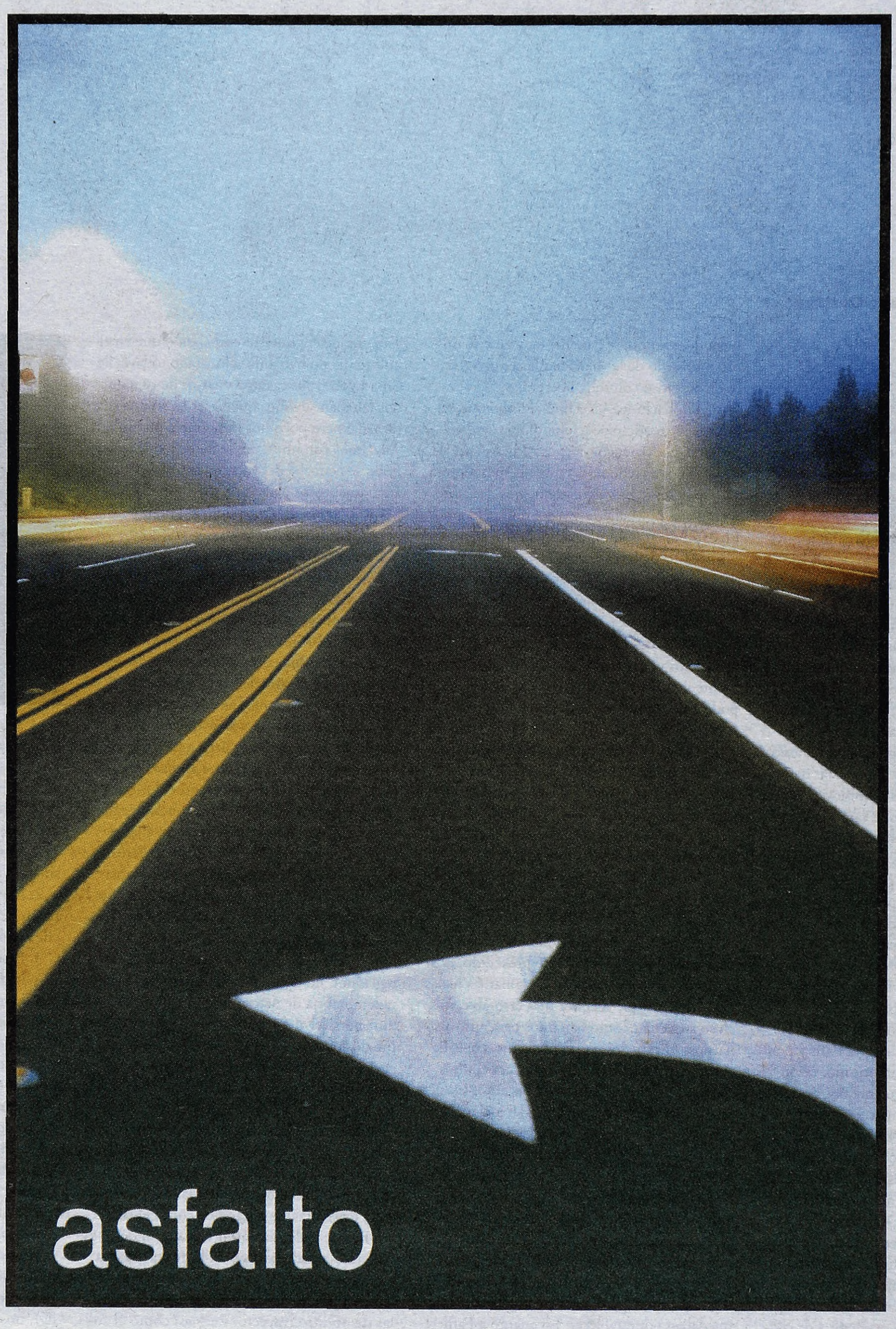


asfalto

Por Rodrigo Fresán

Pocas cosas más perturbadoras que el desplazarse por una autopista. Llenas o vacías, rápido o despacio, la autopista es una forma extraña del viaje y, de algún modo, casi una prolongación del hogar. La autopista es, sí, como una casa al aire libre por la que se mueve esa cápsula familiar que se conoce como automóvil y que es una habitación más de nuestro hogar y, para muchas personas un tanto raras, uno de los componentes más queridos y simpáticos de la familia. Por la autopista cantamos, conversamos, comemos, nos peleamos, hacemos el amor, vamos al baño, nos cansamos, dormimos y, en ocasiones, luego de pisar a algún animalito, nos morimos sin soltar un mapa cada vez más mágico y poderoso. Hay novelas de carretera –pienso en la extraterrestre *Bajo la piel* de Michel Faber o en la sufrida y agónica *Interstate* de Stephen Dixon– en las que la autopista funciona como ese agujero recto y curvo y negro que se devora toda la luz y donde se pierde todo. El cine independiente mundial no demoró en reclamar a las autopistas como el set más amplio, barato y posibilidoso donde puede suceder cualquier cosa y, por lo general, lo que sucede es algo malo. Pero las autopistas también esconden tesoros.

Julio Florencio Cortázar (Bélgica 1914, París 1984 y el fantasma de la Argentina, entre un extremo y otro) empezó escribiendo un relato definitivo sobre el tema ("La autopista del Sur", que, dicen, inspiró el comienzo de *8 1/2* de Fellini, que a su vez inspiró al laureado videoclip de la canción "Everybody Hurts" de R.E.M.) y se despidió de las carreteras con todo un libro/bitácora/adieu donde la autopista Marsella/París se erige en heroína bien iluminada a la que hay que rendirle culto y peaje: *Los autonautas de la cosmopista*, de 1983. Cortázar estaba enfermo y –con su mujer Carol Dunlop– decidió salir al camino a exorcizar males y celebrar bondades. El reglamento del viaje era sencillo: detenerse en todos y cada uno de los paradores al costado del camino (dos al día, mínimo) por los que pasaran e investigar el entorno con curiosidad darwiniana sin salirse nunca del trazo de la autopista. Las observaciones de Cortázar y Dunlop aparecen puntuadas por las cartas al hogar de un joven francés –lo mejor del libro– que se cruza con ellos y no entiende muy bien lo que les pasa a esos dos exploradores en cámara lenta.

Hay críticos –muchos– que consideran a este Cortázar como imposiblemente sensiblero e involuntariamente autoparódico. Yo prefiero pensarlo como a un escritor que –consciente de su propio e inminente crepúsculo– decide salir a divertirse un poco, a pasarla lo mejor posible, a mirar por la ventanilla y saludar a los compañeros del camino y, finalmente, a poner todo eso por escrito para que sea disfrutado por lectores próximos y aprendido por futuros autonautas dispuestos a continuar la aventura.

Los autonautas de la cosmo[p
o Un viaje atemporal París - [

Por Carol Dunlop y Julio Cortázar

De cómo nacen las ideas geniales

Era preciso –primeros cálculos científicos– hacer el viaje en pequeñas etapas. Nos hubiera gustado seguir las rutas secundarias, pero nuestras obligaciones en París no nos permitían disponer de demasiado tiempo, y teníamos que respetar un cierto límite. Decidimos pues tomar la autopista, pero saliendo de ella cada dos horas más o menos para encontrar un buen hotel, descansar, etc.

(Como ves, pálido lector, la autopista era todavía la enemiga del reposo y del "viaje agradable" para nuestras mentes mal iluminadas; pero no tardó mucho en hacernos cambiar de actitud.)

Apenas la habíamos atacado cuando el Lobo decidió hacer un alto para que pudiéramos descansar, beber un trago y aprovechar del buen tiempo. Tan bien nos sentimos ("¿No es verdad, Osita, que puesto que vamos por la autopista tenemos tiempo sobrado?"), que el alto se alargó; comenzamos a entrever las posibilidades de los paraderos, por lo menos de ése, y a la hora de la cena (pues el lugar había demostrado adaptarse perfectamente bien a la siesta que hicimos en Fafner, con todas las cortinas corridas), saboreamos las excelentes cosas que Raquel había deslizado a último momento en nuestro equipaje. A la caída de la noche decidimos que después de todo disponíamos de cinco días para llegar a París y por qué no, entonces, dormir allí mismo, razón por la cual a la mañana siguiente nos despertamos después de un excelente sueño sin haber sobrepasado la altura de Avignon o tal vez ni siquiera la de Cavaillon, no me acuerdo bien aunque lo cierto es que tres días más tarde no habíamos llegado aún a la altura de Orange donde, en el paradero de Orange-le-Grès, mientras observábamos atentamente y por primera vez la ceremonia de los hombres vestidos con monos amarillo-naranja y su complicada técnica para vaciar las bolsas de basura, empezó a germinar la idea de lo que habría de convertirse en el París-Marsella.

–Qué bien se está aquí –dijo el Lobo saboreando su whisky.

–Podríamos continuar a este ritmo, como los viajeros de las diligencias.

–Deteniéndonos largo tiempo en cada paradero...

–Podríamos vivir cada día en un parking, fuera del mundo, te das cuenta, y en este mismo monstruo de la velocidad hacer un crucero de descanso con toda libertad...

–¡Y sin teléfono! –exclamó el Lobo que, como se sabe, padece de telefonofobia aguda.

Nadie podría encontrarnos. (Puesto que de nada vale ir a esconderse en la isla más remota, ya que siempre hay alguien que nos descubre y que *sabe*, por habernos visto, dónde estamos. En cambio en la autopista, incluso si alguien nos reconoce por casualidad –y ya se verá que esas casualidades no faltan–, jamás se le ocurrirá imaginar que estamos *en* la autopista. Muy al contrario, podría servir a nuestra causa y enviar a todos los demonios por una pista falsa: "Los vi a la altura de Mâcon, seguramente iban a Lyon o a Avignon..." ¿Quién podría sospechar que no íbamos a ninguna parte?)

–Sí –dijo el Lobo–, pero habría que hacer las cosas de manera muy científica.

–Un libro de viaje. Como los antiguos exploradores.

–¿Te das cuenta? Describir cada paradero, sus aventuras, las gentes que pasan.

–Otra autopista, en realidad.

–¿Lo hacemos, Osita?

–Lo hacemos.

A tal punto que, con un júbilo que podría parecer exagerado al lector no prevenido, nos pusimos inmediatamente a imaginar las reglas del juego, a elegir la época más favorable, incluso a calcular cómo haríamos para aprovisionarnos. Al principio, y en plena inocencia de autopistenses ordinarios (ni siquiera éramos dueños del mapa Michelin de las autopistas), establecimos la siguiente regla del juego: un paradero diario, la obligación de no salir de la autopista entre París y Marsella, y un libro a escribir que por un lado incorporaría todos los elementos científicos, las descripciones topográficas, climáticas y fenomenológicas sin las cuales dicho libro no tendría un aire serio; y por otro lado contendría un libro en cierto modo paralelo, que escribiríamos siguiendo las reglas de un juego de azar cuyas modalidades quedaban por establecer. En cuanto a Fafner, sólo le faltaba un pequeño refrigerador, pues todo lo demás nos parecía más que adecuado.

El resto del viaje lo pasamos observando la autopista con ojos por fin abiertos. No era solamente esa cinta de asfalto tendida para la velocidad, puntuada por altos utilitarios e higiénicos. No, ahora sabíamos que ocultaba otra cosa, y estábamos determinados a descubrirla.

Tan grande era nuestro entusiasmo que en el quinto día no habíamos alcanzado todavía llegar a Lyon, y los casi tres cuartos de ruta que nos faltaban tuvimos que hacerlos en una sola jornada; pero poco nos importaba, puesto que volvíamos con un tesoro secreto. Y mientras el Lobo se ocupaba del volante, la Osita contaba atentamente los paraderos.

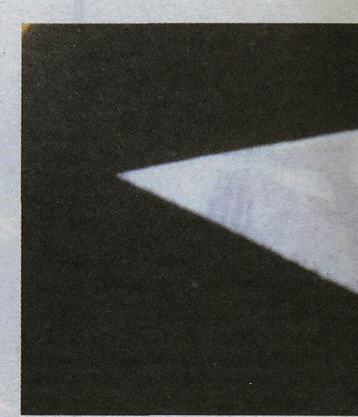
–*¿Cuántos?* –dijo incrédulo el Lobo.

–Más o menos setenta.

Primera sorpresa, oh lector, y primera lección: era la prueba de que jamás habíamos mirado verdaderamente la autopista, puesto que hasta entonces creíamos que entre París y Marsella había una treintena de parkings.

El lector habrá comprobado ya que somos locos además de muchas otras cosas, pero a la vez tenemos suficiente sentido de la realidad como para darnos cuenta de que jamás –y ahora que la experiencia llega a su fin lo lamentamos– tendríamos setenta días libres para llevar a cabo semejante expedición. Por eso, y luego de largas deliberaciones, decidimos modificar las reglas del juego y fijar el ritmo de crucero a razón de dos paraderos diarios. Dicho de otro modo (aún no sabíamos si otras reglas no terminarían por imponernos un plan más preciso) habría que visitar dos paraderos cada día, pasando en cada uno de ellos un tiempo a determinar según reglas aún no definidas (finalmente, cada paradero habría de determinar por sí mismo la duración del alto, como se verá), pero siempre dos parkings diarios con la evidente obligación de dormir en el segundo, sea el que fuere. Nos dijimos que lo esencial era vivir por lo menos algunas horas en cada uno de esos setenta paraderos a fin de extraer de cada uno de ellos un conocimiento sólido.

No creas, oh lector escéptico, que llegamos a esta decisión con alegría: conocíamos ya la existencia de paraderos como el de Pierre-Bénite y algunas otras meras lengüetas de concreto al lado mismo de la autopista, y a esa altura del plan nos hubiera sido fácil inventar otras reglas con el objeto de eliminarlas de nuestro trayecto. Pero así como el zoólogo que se adentra en el reino de los insectos no puede considerarse un verdadero científico si descarta de sus estudios a todos aquellos insectos que le repugnan, de la misma manera nosotros debíamos lanzarnos a la autopista con nuestros ojos de exploradores tan prontos a sondear lo que tuviera de malo como de bueno.



El plan se concreta

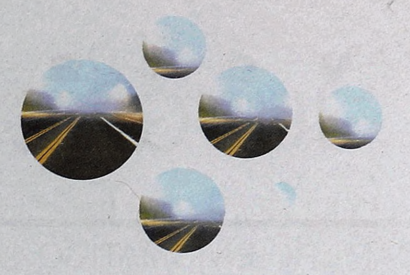
En el otoño de 1978, pues, las bases de la expedición habían sido sentadas, con las reglas del juego siguientes:

1. Cumplir el trayecto de París a Marsella sin salir ni una sola vez de la autopista.
2. Explorar cada uno de los paraderos, a razón de dos por día, pasando siempre la noche en el segundo sin excepción.
3. Efectuar relevamientos científicos de cada paradero, tomando nota de todas las observaciones pertinentes.
4. Inspirándonos en los relatos de viajes de los grandes exploradores del pasado, escribir el libro de la expedición (modalidades a determinar).

De común acuerdo, y dado que ninguno de los dos es masoquista, decidimos además que nos estaría permitido aprovechar de todo lo que pudiéramos encontrar en la autopista: restaurantes, tiendas, hoteles, etc.

Por otra parte, y después de haber estudiado atentamente la cosa (ya estábamos en posesión de un mapa de la autopista que indicaba los paraderos, gracias a lo cual sabíamos que hay 65 en el trayecto París-Marsella), nos pareció imposible cargar en Fafner todas las conservas necesarias para treinta y cinco días, sin riesgo de sucumbir al escorbuto o a algo peor en el curso del viaje. Decidimos entonces pedir ayuda logística a dos parejas de amigos, una en París y la otra en el Mediodía, las cuales podrían acudir a abastecernos en productos frescos en el undécimo y en el vigésimo primer día de viaje.

Los autonautas de la cosmopista o Un viaje atemporal París - Marsella



Por Carol Dunlop y Julio Cortázar

De cómo nacen las ideas geniales

Era preciso –primeros cálculos científicos– hacer el viaje en pequeñas etapas. Nos hubiera gustado seguir las rutas secundarias, pero nuestras obligaciones en París no nos permitían disponer de demasiado tiempo, y teníamos que respetar un cierto límite. Decidimos pues tomar la autopista, pero saliendo de ella cada dos horas más o menos para encontrar un buen hotel, descansar, etc.

(Como ves, pálido lector, la autopista era todavía la enemiga del reposo y del "viaje agradable" para nuestras mentes mal iluminadas; pero no tardó mucho en hacernos cambiar de actitud.)

Apenas la habíamos atacado cuando el Lobo decidió hacer un alto para que pudiéramos descansar, beber un trago y aprovechar del buen tiempo. Tan bien nos sentimos ("¿No es verdad, Osita, que puesto que vamos por la autopista tenemos tiempo sobrado?"), que el alto se alargó; comenzamos a entrever las posibilidades de los paraderos, por lo menos de ése, y a la hora de la cena (pues el lugar había demostrado adaptarse perfectamente bien a la siesta que hicimos en Fafner, con todas las cortinas corridas), saboreamos las excelentes cosas que Raquel había deslizado a último momento en nuestro equipaje. A la caída de la noche decidimos que después de todo disponíamos de cinco días para llegar a París y por qué no, entonces, dormir allí mismo, razón por la cual a la mañana siguiente nos despertamos después de un excelente sueño sin haber sobrepasado la altura de Avignon o tal vez ni siquiera la de Cavaillon, no me acuerdo bien aunque lo cierto es que tres días más tarde no habíamos llegado aún a la altura de Orange donde, en el paradero de Orange-le-Grès, mientras observábamos atentamente y por primera vez la ceremonia de los hombres vestidos con monos amarillo-naranja y su complicada técnica para vaciar las bolsas de basura, empezó a germinar la idea de lo que habría de convertirse en el París-Marsella.

–Qué bien se está aquí –dijo el Lobo saboreando su whisky.

–Podríamos continuar a este ritmo, como los viajeros de las diligencias.

–Deteniéndonos largo tiempo en cada paradero...

–Podríamos vivir cada día en un parking, fuera del mundo, te das cuenta, y en este mismo monstruo de la velocidad hacer un crucero de descanso con toda libertad...

–¡*Y sin teléfono!* –*exclamó el Lobo que*, como se sabe, padece de telefonofobia aguda.

Nadie podría encontrarnos. (Puesto que de nada vale ir a esconderse en la isla más remota, ya que siempre hay alguien que nos descubre y que *sabe*, por habernos visto, dónde estamos. En cambio en la autopista, incluso si alguien nos reconoce por casualidad –y ya se verá que esas casualidades no faltan–, jamás se le ocurrirá imaginar que estamos *en* la autopista. Muy al contrario, podría servir a nuestra causa y enviar a todos los demonios por una pista falsa: "Los vi a la altura de Mâcon, seguramente iban a Lyon o a Avignon..." ¿Quién podría sospechar que no íbamos a ninguna parte?)

–Sí –dijo el Lobo–, pero habría que hacer las *cosas de manera muy científica*.

–Un libro de viaje. Como los antiguos exploradores.

–¿Te das cuenta? Describir cada paradero, sus aventuras, las gentes que pasan.

–Otra autopista, en realidad.

–¿Lo hacemos, Osita?

–Lo hacemos.

A tal punto que, con un júbilo que podría parecer exagerado al lector no prevenido, nos pusimos inmediatamente a imaginar las reglas del juego, a elegir la época más favorable, incluso a calcular cómo haríamos para aprovisionarnos. Al principio, y en plena inocencia de autopistenses ordinarios (ni siquiera éramos dueños del mapa Michelin de las autopistas), establecimos la siguiente regla del juego: un paradero diario, la *obligación de no salir de la* autopista entre París y Marsella, y un libro a escribir que por un lado incorporaría todos los elementos científicos, las descripciones topográficas, climáticas y fenomenológicas sin las cuales dicho libro no tendría un aire serio; y por otro lado contendría un libro en cierto modo paralelo, que escribiríamos siguiendo las reglas de un juego de azar cuyas modalidades quedaban por establecer. En cuanto a Fafner, sólo le faltaba un pequeño refrigerador, pues todo lo demás nos parecía más que adecuado.

El resto del viaje lo pasamos observando la autopista con ojos por fin abiertos. No era solamente esa cinta de asfalto tendida para la velocidad, puntuada por altos utilitarios e higiénicos. No, ahora sabíamos que ocultaba otra cosa, *y estábamos determinados a descubrirla*.

Tan grande era nuestro entusiasmo que en el quinto día no habíamos alcanzado todavía llegar a Lyon, y los casi tres cuartos de ruta que *nos faltaban tuvimos que hacerlos en una sola* jornada; pero poco nos importaba, puesto que volvíamos con un tesoro secreto. Y mientras el Lobo se ocupaba del volante, la Osita contaba atentamente los paraderos.

–*¿Cuántos?* –dijo incrédulo el Lobo.

–Más o menos setenta.

Primera sorpresa, oh lector, y primera lección: era la prueba de que jamás habíamos mirado verdaderamente la autopista, puesto que hasta entonces creíamos que entre París y Marsella había una treintena de parkings.

El lector habrá comprobado ya que somos locos además de muchas otras cosas, pero a la vez tenemos suficiente sentido de la realidad como para darnos cuenta de que jamás –y ahora que la experiencia llega a su fin lo la*mentamos– tendríamos setenta días libres pa*ra llevar a cabo semejante expedición. Por eso, y luego de largas deliberaciones, decidimos modificar las reglas del juego y fijar el ritmo de crucero a razón de dos paraderos diarios. Dicho de otro modo (aún no sabíamos si otras reglas no terminarían por imponernos un plan más preciso) habría que visitar dos paraderos cada día, pasando en cada uno de ellos un tiempo a determinar según reglas aún no definidas (finalmente, cada paradero habría de determinar por sí mismo la duración del alto, como se verá), pero siempre dos parkings diarios con la evidente obligación de dormir en el segundo, sea el que fuere. Nos dijimos que lo esencial era vivir por lo menos algunas horas en cada uno de *esos setenta paraderos a fin de extraer de cada* uno de ellos un conocimiento sólido.

No creas, oh lector escéptico, que llegamos a esta decisión con alegría: conocíamos ya la existencia de paraderos como el de Pierre-Bénite y algunas otras meras lengüetas de concreto al lado mismo de la autopista, y a esa altura del plan nos hubiera sido fácil inventar otras reglas con el objeto de eliminarlas de nuestro trayecto. Pero así como el zoológico que se adentra en el reino de los insectos no puede considerarse un verdadero científico si descarta de sus estudios a todos aquellos insectos que le repugnan, de la misma manera nosotros debíamos lanzarnos a la autopista con nuestros ojos de exploradores tan prontos a sondear lo que tuviera de malo *como de bueno*.



El plan se concreta

En el otoño de 1978, pues, las bases de la expedición habían sido sentadas, con las reglas del juego siguientes:

1. Cumplir el trayecto de París a Marsella sin salir ni una sola vez de la autopista.
2. Explorar cada uno de los paraderos, a razón de dos por día, pasando siempre la noche en el segundo sin excepción.
3. Efectuar relevamientos científicos de cada paradero, tomando nota de todas las observaciones pertinentes.
4. Inspirándonos en los relatos de viajes de los grandes exploradores del pasado, escribir el libro de la expedición (modalidades a determinar).

De común acuerdo, y dado que ninguno *de los dos es masoquista, decidimos además* que nos estaría permitido aprovechar de todo lo que pudiéramos encontrar en la autopista: restaurantes, tiendas, hoteles, etc.

Por otra parte, y después de haber estudiado atentamente la cosa (ya estábamos en posesión de un mapa de la autopista que indicaba los paraderos, gracias a lo cual sabíamos que hay 65 en el trayecto París-Marsella), nos pareció imposible cargar en Fafner todas las conservas necesarias para treinta y cinco días, sin riesgo de sucumbir al escorbuto o a algo peor en el curso del viaje. Decidimos entonces pedir ayuda logística a dos parejas de amigos, una en París y la otra en el Mediodía, las cuales podrían acudir a abastecernos en productos frescos en el undécimo y en el vigésimo primer día de viaje.

Era preciso elegir cuidadosamente a nuestros cómplices; por lo pronto, semejante *viaje exigía un sacrificio de su parte, y sólo* aquellos que hubieran comprendido bien el sentido y la importancia de la empresa estarían dispuestos a ayudarnos de todo corazón. En segundo lugar, y en la medida de lo posible, había que elegir a amigos tan locos como nosotros, sin lo cual las cosas podían salir mal. En tercer lugar, tenían que ser dueños de un automóvil y del tiempo necesario para colaborar. Y en último término, tenía que tratarse evidentemente de amigos de verdad, puesto que allí se jugaba nuestra salud e incluso nuestra vida.

Del lado del Mediodía no cabía la menor vacilación, y no tardamos en informar a los Thiercelin acerca de nuestro proyecto. No sólo se mostraron encantados, sino que nuestro *valiente capitán Jean se ofreció a venir a rea*bastecernos a partir de Corbeil, si lo juzgábamos necesario, ofreciéndose a viajar cada tres días o aún más seguido si nos faltaba alguna cosa. Pero pronto comprendió que visitas tan frecuentes afectarían de algún modo la seriedad de la expedición –solitarias por naturaleza– y quedó decidido que sólo acudiría en nuestro auxilio el vigésimo primer día y cuando estuviéramos ya en pleno Mediodía.

Pasó mucho tiempo antes de que tomáramos contacto con amigos parisienses para pedirles el mismo servicio. Y no porque nos faltaran, sino porque nos vimos obligados inesperadamente a salir de viaje con otros rumbos y finalidades. Nos dijimos entonces que tal vez en otoño, pero ese otoño hubo otras obligaciones, y nos juramos que en la primavera... Y luego vino el otoño siguiente, en el que teníamos la intención de partir apenas volviéramos a París pero ocurrió que Fafner no estaba disponible *por razones ajenas a nosotros, y nuevamente* nos dijimos que partiríamos en la primavera, y entretanto, querido lector, no creas que nos descorazonábamos o que perdíamos de vista la expedición. Muy al contrario, cuando más se frustraban nuestros planes, mayor era nuestra determinación. Seguíamos comprando libros de viajes, instrumentos científicos, poníamos todos los detalles a punto; y entretanto viajábamos por la autopista de cuando en cuando, por una autopista que ahora era diferente puesto que la veíamos como un territorio a explorar, y en cada ocasión anotábamos detalles que hasta entonces se nos habían escapado. En resumen, y cada vez más, sacábamos fuerzas de flaqueza. ¿Cuánto tardó Colón en zarpar? ¿Y Magallanes? Pero piense el lector en los resulta*dos finales de sus viajes: un nuevo continente* en vez de las Indias, y una inmensa bola en vez de una tabla rasa. Valía la pena esperar ante tales frutos del tesón y la paciencia. Nosotros esperamos cuatro años.

Donde pese a los demonios se llega al fin del prólogo, aunque no sin inconvenientes

Nos quedaba por encontrar a los cómplices parisienses que ayudarían, mediante el apoyo logístico ya explicado, a asegurar nuestra sobrevivencia. Pensábamos en unos y en otros mientras los preparativos avanza*ban en la casita del Tholonet donde pasába*mos el verano del '81. ¿Qué tal te parecen los...? Sin duda, pero ahora están de vacaciones, y no sé si explicando las cosas por carta... ¿Y los...? Mmm, creo que van a partir en otoño. ¿Y los...? Ay, ésos lo que harán será enviarnos un psiquiatra...

En eso estábamos cuando un día escuchamos desde lejos, en el sendero de tierra que llevaba a la casa, un tuf-tuf que sólo podía pertenecer a una "coccinela" Volkswagen, y no de las más jóvenes. Salimos a la terraza y, oh milagro, ¿a quiénes vimos resurgir entre una nube de polvo? A Fafnerito, hijo natural de Fafner por decisión de sus dueños, y arcaico sobreviviente de una época en que los autos estaban hechos para durar, como lo mostraban todas las cicatrices que llevaba en su caparazón; Fafnerito que, gracias a una proeza particularmente heroica, nos traía a Anne Courcelles y a Necmi Gurmen, que *bajaban muertos de risa del auto y se daban* grandes manotazos para sacarse el polvo de encima.

El Lobo y la Osita se miraron, y todo quedó concluido en el espacio de esa mirada.

Sin la menor duda Necmi, nuestro turco preferido, y Anne, su dulce y vivaz compañera, llenaban todas las condiciones:

1. Por lo que toca a ser amigos, lo eran (y lo son, como se verá) de verdad.
2. En materia de locura, consultar su arribo al Tholonet en un auto que jamás hubiera debido ir más lejos de la puerta de Orléans.
3. Tenían un auto, por así decir.
4. Tanto el uno como la otra poseían un sentido del humor siempre presente, que seguramente los incitaría a participar con gran entusiasmo.
5. Desde el punto de vista del tiempo libre, la cosa sería un tanto delicada, en vista de que Anne viaja valientemente en tren todas las mañanas para tratar de inyectar un poco de inteligencia en cerebros que absorben con más gusto el aguardiente que el latín o el griego, pero conociendo también su bondad y su alegre carácter, confiábamos en que sería capaz de inventarse una pequeña gripe en caso necesario para que Necmi no se apropiara toda la gloria de un salvataje tan ilustre.

Por consiguiente, y luego de ofrecerles un buen trago para facilitar las cosas, les hicimos la propuesta. (Lamento que la tecnología actual no permita incluir casetes en las ediciones corrientes, pues las palabras no podrán expresar jamás la risa que de inmediato invadió a Necmi de cuerpo entero y que debió escucharse hasta el otro lado de la montaña Sainte-Victoire.)

Habíamos triunfado.

O casi.

Porque, como ya te lo hemos dicho, pálido lector, nunca se debe cantar victoria, y sobre todo en el mes de agosto como ya se ha visto. A cuatro años justos de haber intentado apoderarse de la Osita, las fuerzas oscuras se lanzaron, salvajes e implacables, sobre el Lobo. El cual emergió, muchos días más tarde, de las tinieblas. Así y una vez más, en lugar del París-Marsella de paradero en paradero, hubo que volver hacia la luz de paso en paso, y una vez más los Thiercelin abrieron su casa (no es por nada que antaño perteneció a los Hospitalarios) donde la vida, como la otra vez, recomenzó lentamente, prudentemente. Y tomó cuerpo, a tal punto que aún antes de partir de Serre, donde se nos había reunido Luis Tomasello para cuidarnos como si no solamente hubiéramos sido sus amigos sino sus hijos, decidimos que el París-Marsella que en el curso de los años había alcanzado dimensiones de proyecto esencial, místico, *se llevaría a cabo en la primavera*. Aún antes de comprar una agenda del año ´82, sabíamos que faltaban unas buenas seis semanas, entre el 20 de mayo y el final de junio. Ningún viaje, sea el que fuere, ningún trabajo, *nada* nos impediría hacerlo. De alguna manera, probar que podíamos llevar a cabo ese viaje era probarnos que teníamos armas contra lo tenebroso, no sólo en sus grandes manifestaciones como la que acababa de dejarnos tan frágiles, sino también en sus expresiones más solapadas, la banalidad de las obligaciones cotidianas, esos compromisos que no significan nada en sí mismos pero que en conjunto alejan cada vez más de ese centro donde cada uno espera vivir su vida. Recibimos la enfermedad de Julio como una advertencia. No vivir su vida en lo que tiene de más real es un crimen, no sólo con respecto a uno mismo, sino a los otros.

Por ello, y con la ayuda de Luis, aprovechamos de las semanas de convalecencia y de la calma de Serre (donde, como se ha dicho, los demonios no franquean los portales, aunque los fantasmas se paseen por allí a gusto) para poner en buenas condiciones a Fafner, amarrar debidamente la nevera y construir un almacén de provisiones que aseguraría nuestra sobrevivencia entre una y otra misión de socorro.

A partir de entonces, pálido e intrépido lector, nos mantuvimos firmes. Ninguna invitación fue aceptada, pese a las campañas desatadas con vistas a obtener la presencia del Lobo en tal o tal lugar en los meses de mayo y junio (y no era fácil, puesto que nos resultaba imposible dar una explicación aceptable de nuestra negativa). No pasaron. Nosotros, sí. Con la esperanza, oh paciente acompañante de estas páginas, de que nuestra experiencia te haya abierto también algunas puertas, y que en ti germine ya el proyecto de alguna autopista paralela de tu invención.

ista

Marsella





Era preciso elegir cuidadosamente a nuestros cómplices; por lo pronto, semejante viaje exigía un sacrificio de su parte, y sólo aquellos que hubieran comprendido bien el sentido y la importancia de la empresa estarían dispuestos a ayudarnos de todo corazón. En segundo lugar, y en la medida de lo posible, había que elegir a amigos tan locos como nosotros, sin lo cual las cosas podían salir mal. En tercer lugar, tenían que ser dueños de un automóvil y del tiempo necesario para colaborar. Y en último término, tenía que tratarse evidentemente de amigos de verdad, puesto que allí se jugaba nuestra salud e incluso nuestra vida.

Del lado del Mediodía no cabía la menor vacilación, y no tardamos en informar a los Thiercelin acerca de nuestro proyecto. No sólo se mostraron encantados, sino que nuestro valiente capitán Jean se ofreció a venir a reabastecernos a partir de Corbeil, si lo juzgábamos necesario, ofreciéndose a viajar cada tres días o aún más seguido si nos faltaba alguna cosa. Pero pronto comprendió que visitas tan frecuentes afectarían de algún modo la seriedad de la expedición –solitarias por naturaleza– y quedó decidido que sólo acudiría en nuestro auxilio el vigésimo primer día y cuando estuviéramos ya en pleno Mediodía.

Pasó mucho tiempo antes de que tomáramos contacto con amigos parisienses para pedirles el mismo servicio. Y no porque nos faltaran, sino porque nos vimos obligados inesperadamente a salir de viaje con otros rumbos y finalidades. Nos dijimos entonces que tal vez en otoño, pero ese otoño hubo otras obligaciones, y nos juramos que en la primavera... Y luego vino el otoño siguiente, en el que teníamos la intención de partir apenas volviéramos a París pero ocurrió que Fafner no estaba disponible por razones ajenas a nosotros, y nuevamente nos dijimos que partiríamos en la primavera, y entretanto, querido lector, no creas que nos descorazonábamos o que perdíamos de vista la expedición. Muy al contrario, cuando más se frustraban nuestros planes, mayor era nuestra determinación. Seguíamos comprando libros de viajes, instrumentos científicos, poníamos todos los detalles a punto; y entretanto viajábamos por la autopista de cuando en cuando, por una autopista que ahora era diferente puesto que la veíamos como un territorio a explorar, y en cada ocasión anotábamos detalles que hasta entonces se nos habían escapado. En resumen, y cada vez más, sacábamos fuerzas de flaqueza. ¿Cuánto tardó Colón en zarpar? ¿Y Magallanes? Pero piense el lector en los resultados finales de sus viajes: un nuevo continente en vez de las Indias, y una inmensa bola en vez de una tabla rasa. Valía la pena esperar ante tales frutos del tesón y la paciencia. Nosotros esperamos cuatro años.

Donde pese a los demonios se llega al fin del prólogo, aunque no sin inconvenientes

Nos quedaba por encontrar a los cómplices parisienses que ayudarían, mediante el apoyo logístico ya explicado, a asegurar nuestra sobrevivencia. Pensábamos en unos y en otros mientras los preparativos avanzaban en la casita del Tholonet donde pasábamos el verano del '81. ¿Qué tal te parecen los...? Sin duda, pero ahora están de vacaciones, y no sé si explicando las cosas por carta... ¿Y los...? Mmm, creo que van a partir en otoño. ¿Y los...? Ay, ésos lo que harán será enviarnos un psiquiatra...

En eso estábamos cuando un día escuchamos desde lejos, en el sendero de tierra que llevaba a la casa, un tuf-tuf que sólo podía pertenecer a una "coccinela" Volkswagen, y no de las más jóvenes. Salimos a la terraza y, oh milagro, ¿a quiénes vimos resurgir entre una nube de polvo? A Fafnerito, hijo natural de Fafner por decisión de sus dueños, y arcaico sobreviviente de una época en que los autos estaban hechos para durar, como lo mostraban todas las cicatrices que llevaba en su caparazón; Fafnerito que, gracias a una proeza particularmente heroica, nos traía a Anne Courcelles y a Necmi Gurmen, que bajaban muertos de risa del auto y se daban grandes manotazos para sacarse el polvo de encima.

El Lobo y la Osita se miraron, y todo quedó concluido en el espacio de esa mirada.

Sin la menor duda Necmi, nuestro turco preferido, y Anne, su dulce y vivaz compañera, llenaban todas las condiciones:

1. Por lo que toca a ser amigos, lo eran (y lo son, como se verá) de verdad.
2. En materia de locura, consultar su arribo al Tholonet en un auto que jamás hubiera debido ir más lejos de la puerta de Orléans.
3. Tenían un auto, por así decir.
4. Tanto el uno como la otra poseían un sentido del humor siempre presente, que seguramente los incitaría a participar con gran entusiasmo.
5. Desde el punto de vista del tiempo libre, la cosa sería un tanto delicada, en vista de que Anne viaja valientemente en tren todas las mañanas para tratar de inyectar un poco de inteligencia en cerebros que absorben con más gusto el aguardiente que el latín o el griego, pero conociendo también su bondad y su alegre carácter, confiábamos en que sería capaz de inventarse una pequeña gripe en caso necesario para que Necmi no se apropiara toda la gloria de un salvataje tan ilustre.

Por consiguiente, y luego de ofrecerles un buen trago para facilitar las cosas, les hicimos la propuesta. (Lamento que la tecnología actual no permita incluir casetes en las ediciones corrientes, pues las palabras no podrán expresar jamás la risa que de inmediato invadió a Necmi de cuerpo entero y que debió escucharse hasta el otro lado de la montaña Sainte-Victoire.)

Habíamos triunfado.

O casi.

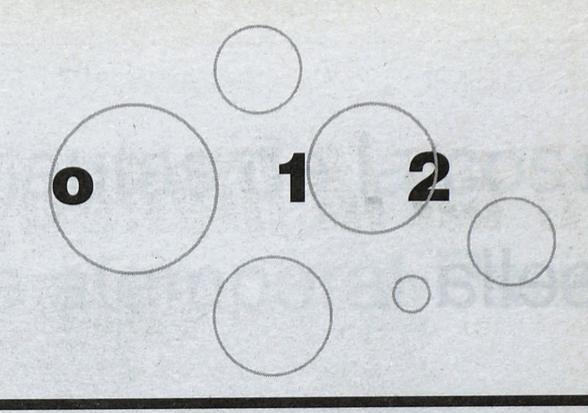
Porque, como ya te lo hemos dicho, pálido lector, nunca se debe cantar victoria, y sobre todo en el mes de agosto como ya se ha visto. A cuatro años justos de haber intentado apoderarse de la Osita, las fuerzas oscuras se lanzaron, salvajes e implacables, sobre el Lobo. El cual emergió, muchos días más tarde, de las tinieblas. Así y una vez más, en lugar del París-Marsella de paradero en paradero, hubo que volver hacia la luz de paso en paso, y una vez más los Thiercelin abrieron su casa (no es por nada que antaño perteneció a los Hospitalarios) donde la vida, como la otra vez, recomenzó lentamente, prudentemente. Y tomó cuerpo, a tal punto que aún antes de partir de Serre, donde se nos había reunido Luis Tomasello para cuidarnos como si no solamente hubiéramos sido sus amigos sino sus hijos, decidimos que el París-Marsella que en el curso de los años había alcanzado dimensiones de proyecto esencial, místico, *se llevaría a cabo en la primavera*. Aún antes de comprar una agenda del año '82, sabíamos que faltaban unas buenas seis semanas, entre el 20 de mayo y el final de junio. Ningún viaje, sea el que fuere, ningún trabajo, *nada* nos impediría hacerlo. De alguna manera, probar que podíamos llevar a cabo ese viaje era probarnos que teníamos armas contra lo tenebroso, no sólo en sus grandes manifestaciones como la que acababa de dejarnos tan frágiles, sino también en sus expresiones más solapadas, la banalidad de las obligaciones cotidianas, esos compromisos que no significan nada en sí mismos pero que en conjunto alejan cada vez más de ese centro donde cada uno espera vivir su vida. Recibimos la enfermedad de Julio como una advertencia. No vivir su vida en lo que tiene de más real es un crimen, no sólo con respecto a uno mismo, sino a los otros.

Por ello, y con la ayuda de Luis, aprovechamos de las semanas de convalecencia y de la calma de Serre (donde, como se ha dicho, los demonios no franquean los portales, aunque los fantasmas se paseen por allí a gusto) para poner en buenas condiciones a Fafner, amarrar debidamente la nevera y construir un almacén de provisiones que aseguraría nuestra sobrevivencia entre una y otra misión de socorro.

A partir de entonces, pálido e intrépido lector, nos mantuvimos firmes. Ninguna invitación fue aceptada, pese a las campañas desatadas con vistas a obtener la presencia del Lobo en tal o tal lugar en los meses de mayo y junio (y no era fácil, puesto que nos resultaba imposible dar una explicación aceptable de nuestra negativa). No pasaron. Nosotros, sí. Con la esperanza, oh paciente acompañante de estas páginas, de que nuestra experiencia te haya abierto también algunas puertas, y que en ti germine ya el proyecto de alguna autopista paralela de tu invención. ●

v e r a n o 12

JUEGOS

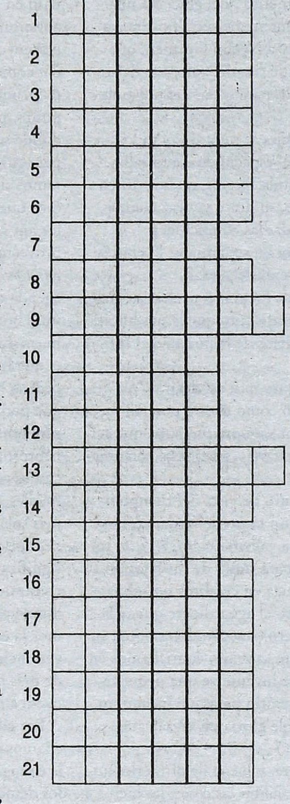


DAMERO ENIGMATICO

En las definiciones de este damero encontrará intercalaciones (El MORO CHOcó con el moreno = MOROCHO), juegos de palabras (Entrega en la raDA=DA), acertijos (Fue don Corleone = BRANDO) y anagramas (donde deberá buscar otra palabra con las mismas letras que una dada pero en otro orden: CAMARAS = MASCARA). Estos últimos están indicados en negrita. En las columnas señaladas aparecerá una frase. Como ayuda, van las sílabas que forman las palabras buscadas.

DEFINICIONES

1. Brama cacofónicamente el simio.
2. Cause tedio a la burra.
3. Las teclas están ordenadas por tipos.
4. Don Celedonio aconseja al jovencito.
5. Se saca **de rama** y de tronco.
6. ¿Halagos con pétalos?
7. **Quise** ver esta consonante.
8. Buscan apetitoso bocadillo.
9. El **tango lo** acercó a la tragona.
10. Tocan once músicos esta forma musical.
11. **Raspó** partes de los buques.
12. ¡**Ah**! ¿**Iba** a este accidente costero?
13. **B. manchó** su ropa por ser poco habilidoso.
14. Bario, 101 romanos y artículo neutro para una bacteria.
15. Lo bueno, si ..., dos veces bueno.
16. Buscan a Daniel en este país.
17. Clave la flor de pétalos dentados.
18. Le **dí tema** y ahora piensa.
19. **Rosa da** un espetón.
20. Todo tiempo ..., fue mejor.
21. Cerveza y aguardiente para parte del ala del avión.



SILABAS

a, a, a, a, as, ba, ba, bón, bre, bu, ca, ca, ca, Ca, cel, cham, ci, cla, cla, co, dá, de, di, do, don, dor, e, flo, glo, hí, le, lo, ma, ma, me, na, na, na, non, pa, pé, pro, quis, ra, res, rón, rra, sa, sa, ses, ta, to, ve, vel.



AMIGOS MUSICALES

Cada una de estas cuatro chicas locas por la danza usa la Internet para conversar con algún chico al que también le encanta bailar, pero todos ellos utilizan seudónimos. Deduzca quiénes forman cada pareja sabiendo que este "quién es quién" es un poco diferente pues las pistas no son afirmaciones, sino que todas expresan una condición: cada una indica que "si pasa tal cosa, entonces sucede tal otra". En el recuadro le explicamos cómo manejarse con los condicionales, lo cual ayudará a extraer conclusiones. Guiándose por estas reglas, vaya viendo cuáles datos pueden ser verdaderos y cuáles falsos. Si aparece alguna contradicción, es señal de que el camino seguido no lleva a la solución. En este caso, revise lo andado y comience de nuevo.

1. Si Conga habla con Tango, entonces Twist es belga.
2. Si Twist es belga, entonces la sudafricana habla con Vals.
3. Si la sudafricana habla con Vals, entonces Conga es sudafricana.
4. Si Conga no habla con Tango, entonces Bolero es canadiense.
5. Si Bolero es canadiense, entonces Rumba es japonesa.
6. Si Rumba es japonesa, entonces la sueca habla con Bolero.
7. Si la sueca habla con Bolero, entonces Milonga habla con el belga.
8. Si Milonga habla con el belga, entonces Milonga habla con Twist.
9. Si Sardana habla con el canadiense, entonces Vals es de Taiwan.

COMO USAR LAS PISTAS

- Cada pista tiene la forma "Si pasa **A**, entonces pasa **B**".
- Cuando **A** es verdadero, por fuerza **B** también lo es.
- Cuando **A** es falso, no se pueden sacar conclusiones sobre **B**: **B** puede ser verdadero o falso.
- Cuando **B** es falso, **A** también es falso.
- Cuando **B** es verdadero, no se pueden sacar conclusiones sobre **A**: **A** puede ser verdadero o falso.

		De: Japón	Sudáfrica	Suecia	Uruguay	El es: Bolero	Tango	Twist	Vals	De: Australia	Bélgica	Canadá	Taiwan
Ella es	Conga												
	Milonga												
	Rumba												
	Sardana												
De	Australia												
	Bélgica												
	Canadá												
	Taiwan												
El es	Bolero												
	Tango												
	Twist												
	Vals												



ACOMODO

Anote en cada línea horizontal la palabra correspondiente, de modo que no queden letras repetidas en las líneas verticales.

BANCO						
CAMA						
MESA						
MUEBLE						
PINO						
ROBLE						

SOLUCIONES

AMIGOS MUSICALES

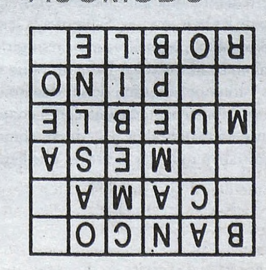
Conga, Sudáfrica, Vals, Taiwan.
Milonga, Uruguay, Twist, Bélgica.
Rumba, Japón, Tango, Australia.
Sardana, Suecia, Bolero, Canadá.

DAMERO ENIGMATICO

1. Macaco. **2.** Aburra. **3.** Clases. **4.** Doncel. **5.** Madera. **6.** Flores. **7.** Equis. **8.** Canapé. **9.** Glotona. **10.** Canon. **11.** Proas. **12.** Bahía. **13.** Chambón. **14.** Bacilo. **15.** Breve. **16.** Canadá. **17.** Clavel. **18.** Medita. **19.** Asador. **20.** Pasado. **21.** Alerón.

"Cuando uno no hace nada, se cree responsable de todo." Jean Paul Sartre.

ACOMODO



B	A	N	C	O	
	C	A	M	A	
		M	E	S	A
M	U	E	B	L	E
		P	I	N	O
R	O	B	L	E	

